

**EVANGELIO SEGÚN**

**LONGINUS**

*Fco. V. Salvador*

Copyright © 2015 Fco. V. Salvador  
(*SafeCreative* 1505164101468)

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1512214841  
ISBN-13: 978-1512214840

–Su relato es extraordinariamente interesante, profesor; pero no coincide en lo más mínimo con los Evangelios.

–¡Por favor! –contestó el profesor con una sonrisa condescendiente–. Usted sabe mejor que nadie que todo lo que se dice en los Evangelios no fue nunca realidad, y si comenzamos citando el Evangelio como fuente histórica...

–Estoy de acuerdo –respondió Berlioz–, pero mucho me temo que nadie podría confirmar la veracidad de todo lo que usted nos ha contado.

MIJAÍL BULGÁKOV, *El Maestro y Margarita*

## ÍNDICE

1. El hallazgo.....	- 11 -
i. En el desierto .....	- 17 -
ii. La petición del prefecto .....	- 27 -
iii. En busca del informante .....	- 37 -
iv. Un encuentro hostil .....	- 51 -
v. El relato del sacerdote.....	- 63 -
2. La huida.....	- 83 -
vi. El gobernador alterado .....	- 89 -
vii. La madre abandonada.....	- 103 -
viii. El prefecto acorralado .....	- 115 -
ix. En casa de Zebedeo .....	- 125 -
x. Muerte en el Golgotha.....	- 137 -
3. El acceso .....	- 147 -
xi. Siguiendo al caupón .....	- 155 -
xii. Aliados por necesidad .....	- 163 -
xiii. Las hermanas de Betania .....	- 173 -
xiv. Hacia la sepultura .....	- 183 -
4. La ofensiva.....	- 191 -
xv. El grupo escindido .....	- 195 -
xvi. La conjura desvelada.....	- 209 -
xvii. El palacio atacado.....	- 217 -
xviii. Un último informe .....	- 227 -
xix. La despedida epistolar.....	- 235 -
5. La entrega.....	- 241 -

## 1. EL HALLAZGO

*Ercolano, Italia; en la actualidad*

*«Era un hombre de mirada firme y palabras sencillas; de miembros nudosos como ramas de olivo y una altura más propia de un cedro mecido por el viento del desierto que de un romano que caminara sobre sus dos piernas».* Así comenzaba el primer folio de la resma que Gavin Wyatt acababa de colocar sobre la mesa. Notó un ligero temblor en las manos, producto de la tensión que había acumulado en los últimos días, y tuvo que recordarse a sí mismo que aquélla era una misión como cualquier otra.

Pasó a la pequeña cocina y, tras dejar caer sobre la encimera la tarjeta magnética del hotel que aún llevaba en la mano, extrajo un botellín de cerveza de la pequeñísima nevera. Mientras caminaba de vuelta al salón, se sacó la corbata por la cabeza, a base de tirones que enrojecieron la blanca piel de su cuello, y se deshizo también de la chaqueta, para a continuación lanzarla despreocupado sobre el sofá. Por fin tomó asiento junto a la ventana, por la que penetraban los últimos rayos del sol de aquel día otoñal. El propio Wyatt, el día anterior, había movido una pequeña mesa a esa posición para entretenerse con algo de lectura ligera. El norteamericano dejó la cerveza junto al sobre grande, ahora vacío, que había contenido los papeles que se disponía a leer. Algo más tranquilo, se quitó los mocasines y apoyó los pies descalzos sobre la mullida

alfombra, quedando así preparado para el trabajo que tenía por delante. Bebió un sorbo de la espumosa bebida, directo de la botella, y cerró los ojos, rememorando la forma en que las diversas circunstancias se habían combinado para hacerle llegar hasta ese momento...

El año anterior, las autoridades italianas habían dado por fin luz verde a las excavaciones en las ruinas de Pompeya y Herculano. Éstas llevaban años detenidas porque el gobierno de esa mediterránea nación estaba más interesado en proteger lo ya descubierto que en obtener nuevas muestras que pudieran también verse amenazadas por la nociva atmósfera actual. Mas el turismo se había ido resintiendo en los últimos años, y al fin se había dictaminado la reapertura, en busca de nuevos objetos que atrajeran las miradas del mundo sobre la región que acaudillaba, desde las alturas, el impenetrable Vesubio. Durante meses, varios equipos de arqueólogos habían extraído objetos sepultados por las cenizas del volcán dos mil años atrás, y añadieron datos más precisos a lo que ya era conocido sobre la vida de los romanos del primer siglo de nuestra era. Los trabajos avanzaban de forma sistemática en dos o tres lugares, y procuraban despejar las diferentes viviendas que en pasadas excavaciones habían quedado liberadas sólo en parte de su cenicienta presa. Un grupo de arqueólogos se mostraba muy interesado sobre todo por la llamada Casa del Genio.

Era ésta una vivienda grande, de evidente carácter patricio, de la que sólo era conocida su entrada lateral. Había recibido su nombre por una pequeña estatuilla de mármol, trabajada por manos primorosas para adquirir la forma de un geniecillo, que constituía la parte decorativa de un candelabro y representaba casi seguro a Cupido. Lo extraño era que a lo largo de los trabajos fueron obteniéndose pocos objetos nuevos, y si no hubieran contado con los estupendos murales de las paredes,

los arqueólogos se habrían sentido muy decepcionados. Sin embargo, apareció aquella caja, y ese descubrimiento lo cambió todo.

Similar a las encontradas años atrás en la llamada Villa de los Papiros, una lujosa vivienda situada algo más al noroeste, al parecer la caja estaba preparada para transportarse a un lugar más seguro, pero el flujo piroclástico de la erupción alcanzó Herculano y arruinó el intento de sus habitantes por salvaguardar el conocimiento de la furiosa naturaleza. Al abrirla, en su interior se había encontrado el mismo contenido que en aquellas otras cajas: un buen montón de rollos de papiro calcinados. Por fortuna, los manuscritos podrían leerse mediante imágenes multiespectro. Esta técnica, desarrollada en los años noventa, se basa en la superposición de imágenes tomadas a diferentes frecuencias, lo que permite recuperar el contraste de colores entre la tinta y la superficie del papiro.

Y en ese punto había entrado en juego el Mayorazgo, la institución con fondos privados para la que Wyatt trabajaba. Siempre en busca de viejos escritos con datos hasta ese momento desconocidos, había logrado hacer valer ciertos derechos sobre las candidaturas para los puestos de investigación. Wyatt había sido el Recuperador elegido para esta tarea, que consistía a grandes trazas en seguir todos los pasos necesarios para obtener la información contenida en los manuscritos y, en el caso de que los socios la consideraran valiosa, sustraer el original y eliminar todas las pruebas de su existencia. Durante los últimos dos meses, el estadounidense había residido en el *Milla de Oro*, un hotel con fantásticas instalaciones a menos de cinco minutos de las excavaciones. El Mayorazgo nunca reparaba en gastos.

Con falsa identidad, generada en un ordenador a muchas leguas de allí, Wyatt había logrado un puesto en los

laboratorios contruidos poco antes en Ercolano, justo al lado del complejo excavatorio. Era allí donde se estudiaban, tras someterlos a los procesos necesarios, todos los objetos recuperados de las oscuras brumas en que el tiempo, y el volcán, los habían sumido. Y era allí donde se guardaban los manuscritos.

Los primeros fragmentos de éstos eran copias de escritos muy conocidos: textos de Séneca y de Cicerón; una traducción latina, de escasa calidad, de algunos versos de Homero; unas pocas citas de Tito Livio y Salustio; versos virgilianos... Surgió entre todos ellos el nombre de Longino, lo que causó cierto revuelo al reactivar la vieja cuestión sobre la autoría de *Sobre lo sublime*. Sin embargo, pronto se demostró que no se trataba de ese tempranísimo crítico literario.

Según las leyendas cristianas, dos mil años atrás un Longino mucho más conocido por la gente de a pie había clavado una lanza a un crucificado ya fallecido. De esta arma han surgido dos o tres reliquias sagradas a lo largo de los siglos, y el propio personaje aparece en la lista de los santos de la confesión católica. Sin embargo, las primeras menciones a este hombre son muy posteriores, y se cree que se basan en el parecido casual entre un típico nombre romano y la palabra en griego para lanza, *lonje*.

De ser cierta la autoría del manuscrito encontrado en la Casa del Genio, la narración cobraría un interés fuera de lo común para el Mayorazgo. Si los llamados manuscritos del Mar Muerto habían levantado una expectación a nivel internacional, y todavía corrían rumores sobre partes no expuestas a la luz pública, encontrar una obra sobre el mismo tema, escrita antes del 79 dC (la fecha en que Herculano sucumbió a las cenizas del Vesubio), constituía con seguridad un verdadero sueño para los socios.



El texto, escrito en un latín denso con múltiples influencias helénicas, había sido traducido por expertos lingüistas, que trabajaron de forma independiente en fragmentos sueltos. Éstos no salían jamás de la instalación y se encontraban en todo momento bajo una estricta vigilancia. Los frutos de todo ese trabajo estaban ante Wyatt, quien tras rememorar todo ello en breves segundos se lanzaba por fin sobre su tarea. La narración comenzaba con el epígrafe «*En el desierto (una semblanza)*», y continuaba durante casi doscientos folios, impresos por una sola cara con una tipografía legible con facilidad.

El estadounidense se arrellanó en el asiento, tomó un nuevo sorbo de su fría bebida, y comenzó a leer. En algún momento, poco después, se vería obligado a encender la lámpara, pero hasta entonces la luz del sol, que se hundía en el golfo de Nápoles, le sería suficiente.

## I. EN EL DESIERTO

(*una semblanza*)

*Media legua al norte de Betania, en la provincia de Judea,  
siendo cónsules Vinicio y Longino*<sup>1</sup>

Era un hombre de mirada firme y palabras sencillas; de miembros nudosos como ramas de olivo y una altura más propia de un cedro mecido por el viento del desierto que de un romano que caminara sobre sus dos piernas. Se llamaba Marco Celio Longino, y ocupaba el cargo de centurión en la Duodécima, la Legión Relámpago. No ejercía como tal, empero. Lograba librarse del monótono acuartelamiento en Raphana gracias a su amistad con el prefecto de Judea; y éste, consciente de sus habilidades, no dudaba en pedirle que las usara de vez en cuando para su beneficio. Por ejemplo, para encontrar cierta bolsa hurtada la tarde anterior cuyo rastro los había alejado de Jerusalén en dirección al rocoso desierto.

El centurión soltó el barboquejo para retirarse el casco, y enjugó el sudor de su frente con el dorso del brazo. Notó las finas partículas de polvo que le arañaban la piel y por enésima vez lamentó haberse colocado la pesada y agobiante loriga. Era una carga necesaria, no obstante, pues bandidos y rebeldes

---

<sup>1</sup> Lo que corresponde al año 30 de nuestra era, o al 3790 según el calendario hebreo; han pasado 783 años desde la fundación de Roma.

podían atreverse incluso a atacar a su grupo, desperdigado por una amplia zona de aquellas crestas pedregosas. Se colocó el casco para sujetarlo entre el brazo y el costado, pero la ancha cresta transversal le estorbaba todavía más en aquella posición. El calor era tan asfixiante en aquella primera hora de la mañana que parecía imposible que nada sobreviviera al sol de mediodía.

Casi cinco lustros de estancia en aquellas tierras, y todavía no se había acostumbrado al ambiente seco y polvoriento. Pensó que tal vez un extranjero nunca podría hacerlo, aunque sabía de buena tinta que algunos lo pasaban peor que él. Sin necesidad de ir muy lejos, uno podía encontrar al legionario de aspecto rollizo y rubicundo que lo esperaba de pie en lo alto de un crestón de roca rojiza. Sus ropas estaban empapadas por completo y pegadas al cuerpo, y de hacer caso a su cara podría pensarse que estaba cociéndose bajo el peso de las protecciones, enrojecido cual langosta en olla segmentada. Cuando Marco llegó a su altura, el lorigado señaló hacia la ladera de una pelada elevación de piedra caliza orientada al suroeste, y dijo:

–Lo hemos encontrado ahí arriba, centurión.

–Un poco de sombra, al menos –contestó Marco, y pudo notar cómo mejoraba su humor al iniciar el ascenso.

De nuevo esa extraña sensación de urgencia, ese deseo de descubrimiento que le instaba a seguir adelante. Tras el necesario parón en aquella dura búsqueda, las pistas comenzarían en breve a agolparse frente a él. Sólo existiría, a partir de ese momento, el cálculo frío y la cálida intuición. Cada vez que el centurión se enfrentaba a un nuevo misterio, como él usaba llamarlos, sentíase más vivo, como si la simple necesidad de agudizar sus sentidos en busca de cualquier

indicio bastara para hacerle recordar que el mundo era mucho más amplio que el suelo hollado por sus sandalias claveteadas.

El lugar señalado por el soldado estaba constituido por una formación rocosa que elevaba sus dedos, secos y retorcidos, hacia el intenso azul del cielo. El conjunto no se diferenciaba demasiado de cualquier otro de los que plagaban aquella tierra, ajusticiada por el sol durante días incontables. De hecho, la cima se asemejaba a un farallón que, errado su lugar de reposo, se encontrara sumido en un salado desierto desprovisto de vida, en lugar de ser regado por las espumosas olas del mar rompiente. Tal vez la mano de un dios lo había tomado de una costa lejana, y lo plantó allí para que en ese día Marco pudiera visitar el recóndito paraje.

El centurión, con el casco todavía en la mano, medio trepó y medio saltó de piedra en piedra, hasta llegar a una repisa que contaba con un par de pasos de ancho. Allí, tirados en desorden por el polvoriento suelo, se hallaban los restos de lo que a todas luces había sido un campamento nocturno.

—Tal como ordenaste, no hemos tocado nada —dijo el mismo soldado, obsequioso con su superior.

Marco, siempre lacónico en esas circunstancias, ignoró al muchacho. No fue por desidia u orgullo, sin embargo, ni tampoco por mostrarse desagradable. Podría decirse que ni siquiera lo había oído, concentrado como estaba en la escena que se mostraba frente a sus ojos. Para él, era una suerte de ritual. Primero, una larga y silenciosa observación desde cierta distancia, necesaria para registrar todos los aspectos genéricos. En una etapa posterior, más enérgica, lanzarse a cualquier rincón sensible de contener algo de información, en busca de la más mínima pista. Luego habría tiempo de analizar todo lo obtenido. Marco seguía el mismo proceso de forma automática, tras haber realizado decenas de encargos para el

prefecto. Creía, con razón, que actuar de aquella manera concreta le ayudaría a no dejarse detalle alguno y, por si fuera poco, a recordar todo el proceso con mayor facilidad.

Una manta gris y polvorienta, tan delgada que parecía consumida por demasiados inviernos, yacía engurruñada cerca de la pared de roca. Sobre ella se encontraba una de las cantimploras de madera que portaban a todas partes los legionarios, y los restos de una pequeña fogata ocupaban un hueco de la pared. Marco pudo constatar que la oscuridad se encontraba oculta de forma muy conveniente a posibles miradas desde la cercana Betania, lo que hacía casi imposible que la fogata nocturna hubiera sido descubierta.

Tras comprobar con sólo una mirada de soslayo la ausencia de huellas, tanto en el suelo a sus pies como en el trayecto seguido por la ladera, Marco avanzó hacia la manta y adoptó una postura acucillada, con los pies muy separados. Parecía a todas luces un niño que hubiera descubierto o ingeniado algún divertimento novedoso. El centurión tomó en primer lugar la cantimplora, casi vacía, y olió su interior. Se trataba, como había supuesto, de posca: la mezcla de agua y vino avinagrado que solían llevar las tropas. Constituía una mixtura algo desagradable, pero se mantenía limpia de podredumbre durante muchos días. Sólo para asegurarse, se mojó los labios con el contenido y escupió el líquido hacia el suelo, más allá de la repisa. Estaba en lo cierto, y no era más que posca. A continuación miró con detenimiento la correa de cuero que servía para llevar la cantimplora en bandolera, y por último la apartó a un lado.

Luego fue alisando despacio la manta, atento a cualquier objeto que pudiera caer de entre los pliegues. Una vez estirada por completo, frotó su superficie en varios puntos, la olió en otros y le dio la vuelta un par de veces. Cuando estuvo

satisfecho, la enrolló con cuidado y la dejó junto a la cantimplora. Se había dado cuenta de que al retirar la manta había sido revelada una grieta, una suerte de nicho formado por la unión de dos peñascos, así que ahora se acercó hacia ese punto. No quería toparse con ninguna sorpresa en forma de sierpe o alacrán, por lo que antes de meter el brazo y palpar el interior echó un vistazo somero. Nada pudo hallar, ni con los ojos ni con las manos, con la salvedad de que las yemas de sus dedos detectaron, mezcladas con los granos de la arena acumulada en el fondo, algunas migas de pan ácimo. Para terminar sus pesquisas, desenfundó su pugio, la pequeña arma de filo que colgaba de su cinto, y removió las cenizas de la hoguera. Esperaba encontrar jirones de tela consumidos, y se sorprendió al hallar, además, una enorme llave de hierro negro. Este objeto y uno de los retales de mayor tamaño se sumaron a la manta enrollada y a la cantimplora.

Al fin se irguió, para encararse con el soldado que le había conducido allí. Su subordinado tenía todavía una ceja enarcada, con un ligero rictus cómico, y le miraba desde abajo, deslumbrado por la luz del sol.

—Perseguimos a una pareja —comentó Marco, procurando mantener una voz sin inflexiones—. Él es un legionario, aunque ha quemado sus prendas de color escarlata y supongo que habrá abandonado su armadura o la abandonará en breve. Sin embargo, seguirá con sus sandalias claveteadas. Lleva un odre bastante grande, colgado en el hombro izquierdo, eso seguro. Ella es judía, y tengo bastante claro que está encinta, de algunas semanas. Es probable que avancen hacia la región de Perea, aunque tal vez se detengan en Jericó. Pero lo más reseñable es que recibieron ayuda para perpetrar el robo.

La cara del soldado había ido aumentando su proporción de sorpresa conforme escuchaba a su centurión, y su ceja parecía

querer viajar hacia lo alto, y refugiarse junto al cuero cabelludo. Tras parpadear un par de veces dijo:

—¿Y cómo has averiguado todo eso? ¿Eres acaso siervo de Febo, señor de la luz, y has leído algún signo invisible para el no iniciado?

—No, hombre —contestó Marco, con una carcajada—, si de servir se trata, en este caso podríamos decir que son mis ojos y mi nariz quienes me guían. Aunque es cierto que «para el no iniciado», como dices, no serán visibles los mismos signos que se aparecen ante mí. Veamos, ¿qué es lo que te ha sorprendido de mis conclusiones?

—Pues casi la totalidad de lo que has expuesto.

—Es más sencillo de lo que parece, si aplicas un poco de lógica y extrapolas ciertos datos mediante una intuición entrenada. Intentaré explicarte mi razonamiento. En primer lugar, dos detalles me llevan a pensar que el autor del hurto fue un romano: las ropas quemadas y la cantimplora abandonada.

—¿Y eso no ha podido ser hurtado por un judío, y colocado aquí para engañarnos? —le interrumpió el soldado.

—Ésa sería una segunda opción muy interesante, pero que supone sin embargo algunos inconvenientes. Por un lado, ocultar un robo mediante un par de elementos robados a su vez es, como poco, arriesgado. E incluso salvado ese escollo, si se desea colocar una pista falsa lo habitual es asegurarse de que pueda ser encontrada con facilidad, mientras que este lugar está bastante oculto. Además, ¿para qué iba a quemarse el uniforme, si lo que se quiere es engañar a quien lo encuentre? Creo que en este caso, como en la mayoría, la explicación más sencilla es la verdadera.

–Pero si ha sido un legionario, ¿cómo explicas que haya quemado sus ropas, como si quisiera ocultar su presencia aquí, y luego haya dejado la cantimplora intacta y a la vista?

–Bueno, eso es más difícil, y nos metemos de lleno en el fangoso terreno de la suposición. Creo, por los bordes casi intactos, que el uniforme no ha sido quemado con cuidado, sino, por el contrario, lanzado sobre el fuego de forma descuidada. Esa acción no buscaba ocultar la presencia de su dueño, me imagino. Yo lo veo como un cierto simbolismo personal, o como una prueba para su acompañante, que reflejaría el abandono de su vida anterior. En nuestro desarrollo lógico debemos incluir el conocimiento del espíritu humano, y es muy normal que una mujer, en estas tierras y con los tiempos que corren, trate de asegurarse de que no será dejada de lado a las primeras de cambio. En cuanto a la cantimplora, sin embargo, debemos pensar que es un útil mucho más simple, y dejarla aquí respondería a la innecesidad de llevarla. Por eso supongo que disponen de un odre grande, ya que está claro que tenían planeado detenerse aquí, y habían dejado preparados con anticipación algunos víveres, como señalan las migas que he encontrado en ese hueco de la roca.

–Pero es imposible que sepas de qué hombro llevará colgado ese supuesto odre. Eso es ridículo.

–No tanto. Mírame –dijo Marco, sonriendo y señalando su propia cintura–. Como corresponde a mi grado, yo porto el arma enfundada en mi cadera izquierda, mientras que tú, como soldado, estás obligado a llevar el gladio a la derecha. La mayoría de legionarios se colocan la cantimplora desde el hombro derecho a la cadera izquierda, para evitar que ésta vaya golpeteando una y otra vez contra el arma. Lo habrás visto miles de veces, mas no te has parado a observarlo con detenimiento. Sin embargo, algunas personas no pueden



cambiar la costumbre de portar una bolsa en un hombro determinado, y este soldado es una de ellas: su cantimplora tiene ciertos roces que sólo se explican por esos molestos golpes contra la funda del arma. Así pues, o es un soldado acostumbrado a cargar la cantimplora en el hombro izquierdo, o bien un centurión que lo hace al revés. Y esto último es mucho menos probable. Y antes de que preguntes nada más, te diré que lo de la armadura y las sandalias lo he supuesto pensando en lo que yo mismo haría. La armadura es pesada y me está ralentizando: la dejo tirada, ya que no voy a ponerme a combatir; pero las *caligae*, las sandalias claveteadas de las legiones, son de lo mejorcito que puedo encontrar en lo que a calzado se refiere, así que me las quedaré hasta que el mismo cuero se quiebre de viejo. Así de sencillo. Supongo que ahora deberíamos pasar a la mujer, pero resulta aburrido explicarte unas conclusiones a las que he llegado de una forma tan mecánica.

—Lo siento, centurión. Dime al menos cómo sabes que está embarazada.

—Podría hablarte del tamaño de la manta, de la ausencia de efluvios amorosos en ella, y alguna cosilla más. Pero prefiero señalarte esa mancha de vómito detrás de aquella roca, que tiene un aspecto más bien líquido y poco consistente. Diría que eso es producto de las náuseas matinales, aunque no descarto que puedan ser debidas a una fuerte tensión cimentada a lo largo del día anterior, la cual se habría reflejado a su vez en la acumulación de bilis en el cuerpo.

—Ahora pareces médico.

—Digamos que tuve una vida antes de la legión.

En ese mismo momento, justo cuando Marco estaba a punto de comenzar el descenso sin añadir nada más, un jinete apareció en el crestón de roca, algunos metros bajo ellos.

Portaba también los colores de la legión, aunque no vestía armadura ni embrazaba escudo alguno, y se le veía más sofocado que a su montura. Era, por lo que parecía, un mensajero enviado con prisa acuciante desde la ciudad.

—¿Celio Longino? —preguntó, a voz en grito y mirando a lo alto con la mano colocada a modo de visera—. ¿El centurión Longino?

Hablaba un latín bastante puro, lo que le convertía, sin posibilidad de equivocarse en la apreciación, en un recién llegado a la tierra de Judea. Por lo general, los soldados allí enviados se comunicaban en griego, incluso entre ellos; y los que no sabían hablarlo al llegar acababan aprendiéndolo poco a poco. Aun algunos, aunque pensaban que seguían usando la lengua del mismísimo Lacio, utilizaban numerosos vocablos y giros del griego o el arameo.

Ante el asentimiento de Marco, concedido una vez hubo descendido varios pasos desde la repisa, el jinete descabalgó y, tras realizar el saludo militar, continuó:

—El prefecto ha mandado buscarte, centurión. Debes tomar este caballo y dirigirte directo a la Torre Antonia, pues al parecer es bastante urgente.

Marco pensó que, en efecto, debía ser urgente, puesto que el prefecto ni siquiera le dejaba terminar el asunto que tenía entre manos antes de llamarle para otro de sus recaditos. Durante todo el viaje a Jerusalén, el centurión seguiría preguntándose qué tripa se le habría roto ahora a Poncio Pilato.

## II. LA PETICIÓN DEL PREFECTO

*Fortaleza Antonia, junto al Templo de Jerusalén*

El enormísimo edificio fortificado que los legionarios conocían con el nombre de Torre de Antonio estaba conformado por cuatro robustas torres unidas mediante cortos lienzos de muralla. La fortaleza había sido erigida por Herodes el Grande como parte de su programa de reformas, y había elegido para ella el emplazamiento de la plaza fuerte de sus rivales asmoneos, ya vencidos. La había nombrado en honor de Marco Antonio, su aliado romano, y consiguió así de un solo golpe borrar el símbolo del poder de sus enemigos y agasajar al extranjero que lo había colocado en el trono. Esta actuación constituía un movimiento sagaz realizado, no obstante, por un dirigente denigradísimo. Construidas con grandes sillares de piedra, las torres daban tal vez la impresión de ser bajas por su forma ancha y achaparrada; pero cuando se miraba desde cualquier punto de la ciudad, sólo el Templo podía hacer frente al imponente edificio.

Marco Celio Longino, empero, no se dejó arredrar por la magnitud de la fortaleza, y atravesó con rapidez la gran puerta y el patio enlosado, mientras era saludado por algunos miembros de la guarnición. El centurión constituía una suerte de agente libre, y respondía ante el prefecto sin estar asignado a la guarnición y sin mandos intermedios entre ambos. Ello,

unido a que ya había superado la edad en la que la mayoría de legionarios se licenciaba, lo hacía bastante conocido por los soldados ubicados en Jerusalén.

Dirigióse a la torre sudeste, donde se encontraban las estancias de Poncio Pilato. Aunque solía verse obligado a esperar hasta que el prefecto se decidiera a recibirlo, esa vez le sorprendió encontrarlo en la gran sala inferior, aguardando su llegada. Hallábase sentado en el lateral de un triclinio, con ambos pies en el suelo, y contemplaba un mapa de Jerusalén que había desplegado en la parte inclinada del lecho.

La sala era bastante grande, pues ocupaba buena parte de la planta baja de la torre; pero la multitud de cosas allí almacenadas hacíanla en espacio escasa: una enorme mesa de madera oscura, con toda su superficie ocupada por legajos y útiles de escritura, dominaba la zona de entrada; dos estanterías repletas de pergaminos ocultaban por completo las paredes laterales; cuatro lechos, sin contar el que estaba usando el prefecto, rodeaban una pequeña mesa ovoide; unos anchos escalones iniciaban el ascenso en la parte trasera, enmarcados por dos banderines militares de fuerte color rojo; y por último una multitud de pequeños muebles repartíanse el espacio restante, con objetos decorativos sobre cualquier superficie horizontal. Aunque sólo un par de elementos contaban con un valor elevado, muchos de los adornos habían sido traídos de la cercana Siria, y el conjunto resultaba ostentoso y cargante, oscuro y de mal gusto. Al menos, y a pesar de no disponer de ventanas (o justo por ello), la estancia era algo más fresca que el exterior.

Marco estaba a punto de carraspear para anunciar su presencia, cuando el prefecto alzó la cabeza con rapidez y una expresión alerta en su faz. Fue sólo un segundo de tensión, pero la mirada incisiva del centurión pudo encontrar ciertas huellas

alarmantes en el conocido rostro: los ojos enrojecidos tras noches en vela, los labios heridos por los propios dientes, la ligera y repentina lividez general. Enseguida, el prefecto recuperó el control y sonrió.

—¡Marco Celio Longino, el más rudo de aquellos que están a mi servicio! —dijo con alegría, como si debiera anunciarlo al mundo. Había pronunciado estas palabras en latín, como siempre que se encontraban ellos dos solos.

—Y el más servicial de los que te guardan —contestó Marco, y completó así un intercambio que habían cumplido múltiples veces—. ¿Para qué me necesitas, prefecto?

Poncio Pilato se alzó para recibirle de forma adecuada, y le ofreció el triclinio con un ademán del brazo, mientras él permanecía de pie. No era éste un acto amable y desprovisto de significado: Marco no ignoraba que el prefecto prefería mirarle hacia abajo, y si entrambos quedaban en pie sucedería lo contrario, pues Pilato no alcanzaba la altura de su hombro.

El centurión no pudo dejar de observar, una vez más, que su amigo y superior había adelgazado en las últimas semanas. La túnica, con las dos franjas en púrpura, le quedaba holgada, y la piel le colgaba flácida bajo la barbilla. Una barbilla que resultaba famosa entre los soldados de la guarnición, pues le había granjeado al prefecto el nombre secreto de *Doble P*. Él pensaba, cuando en ocasiones captaba algún comentario incauto, que se debía a las siglas de su nombre, pero Marco sabía que era más bien por la «doble papada» que se formaba bajo su corto mentón de perro de presa.

—¿Acaso no puede un romano hacer llamar a su amigo para disfrutar de su compañía? —preguntó al fin Pilato.

—No me vengas con zarandajas —contestó Marco, cortante, seco, igual en talante al marino que ve marchar la marea con el navío a medio estibar—, sabes que no me gusta perder el

tiempo de cháchara. Algo te preocupa, y mucho, así que dime en qué puedo servirte.

—Bien, bien, bien —dijo, con una sonrisa bailándole en las comisuras de los labios—; el mismo Largo<sup>2</sup> de siempre. A veces es bueno tener un ancla que te recuerde quién eres, y de dónde vienes.

—Mucha vuelta creo que quieres dar, prefecto.

—Oh, sí, un paseo nos vendría bien. ¡Vamos! —y, sin mirar atrás, salió trotando hacia las escaleras.

Como un mozalbete avanza presto en cuanto aprende a correr, y desecha ya moverse con lentitud, así recorrió el centurión el corto trecho que lo separaba de los escalones, casi gorjeando a cada paso. Marco comenzaba a preguntarse si el prefecto estaba sufriendo los primeros estadios de alguna enfermedad mental. Aún así lo siguió, pues deseaba saber en qué acababa todo aquello.

El prefecto le hizo un gesto con la mano, índice extendido, a uno de los soldados que encontraron de guardia al final del primer tramo de escaleras, y éste marchó delante de la pareja, y abría puertas y daba el santo y seña a otros soldados cuando convenía. Aunque en un par de ocasiones Marco quiso preguntarle a su superior a qué punto de la fortaleza se dirigían, éste le mandaba callar, con una enigmática sonrisa.

Al fin llegaron a lo más alto de la torre, desde donde podía verse la mayor parte de Jerusalén. Marco se vio cegado por la

---

<sup>2</sup> Aunque el *cognomen* (el tercer término de los nombres latinos) ya se pasa de padres a hijos en la época de nuestra narración, no se han olvidado los tiempos en los que no eran más que motes aplicados por un rasgo distintivo, ya fuera físico o psicológico. En el caso del centurión Marco, su altura se aúna con el nombre familiar de *Longinus*, que por otra parte era bastante común, para recrear el significado de ese apodo.

intensa luz de la mañana, pues el sol ya había superado la altura de las murallas. Con los ojos entrecerrados pudo comprobar la cantidad de guardias desplegados en los tejados de la fortaleza. Cuando logró acercarse al muro que recorría el contorno de los tejados, observó que las prendas de color vivo de los soldados destacaban también en varios puntos de la ciudad, aunque los pequeños grupos parecían ínsulas en la enorme marea de mantos pardos y oscuros de la población. Un rumor sordo e ininteligible, compuesto por una multitud de personas que vociferaban en lenguas diversas, llegaba desde el atrio exterior del Templo, la gran explanada donde los comerciantes exponían sus mercancías.

—¡Míralos, Marco; mira qué cantidad de gente! ¡Una verdadera plaga, eso es lo que son estos días! Esto, y no otra cosa, es lo que me tiene preocupado: tantos judíos reunidos en una única ciudad para una de esas fiestas suyas, en las que realizan sacrificios a un templo vacío. Ninguna efigie contiene en su profunda oscuridad, si hemos de hacer caso a lo que dijo Pompeyo tras su victoria aquí.

Pilato había comenzado a hablar mirando hacia el centro de la ciudad, en la dirección del Palacio de Herodes, cuyas blancas paredes relucían gracias a los primeros rayos de la mañana. Luego comenzó a andar despacio, siguiendo el almenado perímetro de la torre. Marco le siguió un par de pasos por detrás, consciente, como ya hemos indicado, de que el prefecto se sentía incomodado por su altura.

—*Privilegia iudaica* —dijo el centurión, casi hablando para sí mismo.

—¿Privilegios judíos? —expuso Pilato, con un timbre de sorna empañando su voz—. Como Tiberio no se dé prisa en salir de esa isla en la que anda de vacaciones a perpetuidad, Sejano seguirá aumentando sus atribuciones; y pronto se les acaban

los privilegios a éstos. Les tiene un odio inconcebible. Y no me extraña, la verdad, habida cuenta de su fanatismo. Ya te he contado el incidente con las efigies, ¿verdad? ¡Ni seis semanas llevaba en el cargo! —continuó, a pesar del seco monosílabo afirmativo de Marco—. Se me ocurrió colocar en la torre esas imágenes de Tiberio y de Augusto, para que fuera aumentando en la ciudad el respeto por ellos, ¡y menuda me liaron! Yo no me había movido todavía de Cesarea, y vino a verme una delegación de sacerdotes para hacerme quitar...

—Sí, sí, prefecto, ya sé cómo sigue —le cortó su amigo—: cinco días de reuniones, y al final, cuando los amenazaste con la ejecución, aunque no hubieras cumplido esas palabras porque acababas de tomar posesión del cargo y debías guardar ciertas apariencias, hincaron la rodilla y te ofrecieron el cuello para que los degollaras; cualquier cosa antes de ceder. El convencimiento de esta gente por sus tradiciones es harto conocido por nuestras tropas. Y ahora, por favor, ¿quieres decirme para qué me has llamado y dejarte de circunloquios?

Poncio Pilato se detuvo y miró a su interlocutor, serio y con los ojos bastante abiertos. A pesar de su menor altura y de la delgadez que había adquirido, su presencia seguía siendo intimidante. En su rostro no podía leerse ahora ni siquiera un viso de incomodidad por la mayor altura del centurión. Los guardias a su alrededor parecían esperar la explosión de rabia e ira de su prefecto. Marco le sostuvo la mirada, y aguantó a pie firme. Por último, Pilato sonrió y agachó la cabeza.

—Si no es seco e insolente, es que no es Largo —dijo en voz baja. Luego comenzó a andar de nuevo, y recuperó el tono normal—. Sólo quería resaltar la necesidad de que haya tantos soldados de guardia, ya que me he fijado en tu forma de mirarlos al llegar aquí arriba. No eres el único, mi más querido centurión, que sabe lo que piensa el prójimo sólo con ver hacia



qué punto dirige la mirada. La razón del despliegue es la misma que me hizo trasladarme a la capital, y no poder permanecer en Cesarea, de la que echo en falta la brisa marina y las calles tranquilas. Y a mi mujer, claro, que está allí sola... Bien, al meollo, antes de que saltes sobre mi cuello: anoche acudieron a verme algunos hombres del consejo de sacerdotes. Era ya tarde, y traían un prisionero.

—¿El Sanedrín? —le interrumpió Marco, extrañado.

—Exacto. Sólo uno de ellos, que los dirigía, era sacerdote, pero estaba claro que hablaba de parte de todo el consejo. Como es lógico le pregunté de qué acusaban a ese judío y me dijo, enigmático, que si no fuera un malhechor no me lo traerían. La verdad es que me tocó un poco las narices que, por una vez que logro conciliar el sueño bastante bien, me despertaran. Y sólo me faltaba aquella insolencia... Así que le dije al sacerdote que se lo llevaran y lo juzgaran según su ley. ¿Sabes lo que me contestó?

—Lo sabré en un momento, porque me lo vas a decir.

—Ya, ¡qué agradable diálogo el tuyo, Marco! El sacerdote sólo me recordó que yo soy el único con potestad para condenar a muerte.

—¿Quieres decir que anoche los del Templo te trajeron a un prisionero y te dijeron que lo querían ver muerto? ¿Por qué tantas molestias, cuando sus hombres podrían asesinarlo y dejarlo tirado en la ciudad baja?

—¡Ay, amigo! Si yo pudiera averiguar esas cosas, no te necesitaría a mi lado. Por eso mismo te he llamado: necesito tus dotes para saber más del prisionero. Si es cierto que debemos ejecutarlo, en estas fechas el asunto será muy sonado, y no quiero que se líe otra como la del acueducto; no hace falta que te recuerde aquello. El sacerdote acabó por decirme que el prisionero andaba impidiendo pagar los tributos, y que

lideraba a muchos hombres que creían como él. ¡Con cuánta facilidad se alzan los judíos contra nuestro dominio!

—Si hacemos caso a Salustio, *sólo unos pocos hombres prefieren la libertad: la mayoría sólo busca buenos amos*. Pero dime, ¿qué más sabemos de ese preso?

—Veo que te interesa el asunto, eso es bueno. Le pregunté al propio preso qué era lo que había hecho, para que fueran los pontífices de su pueblo los que le entregaran.

—¿Y? —inquirió el centurión, y notaba ya cómo le aumentaban las pulsaciones. El misterio y la incógnita estaban allí delante, y sólo tenía que dar un paso al frente para verse rodeado por la intriga.

—Lo que me dijo me causó una gran desazón, y por eso me has encontrado tan raro esta mañana. Me dijo que él y los suyos no eran de aquí; y que si su reino estuviera en esta tierra, sus súbditos habrían luchado para que él no fuera entregado.<sup>3</sup>

—¿Reino? ¿Súbditos? ¿Quién se cree que es ese judío?

—Precisamente, Marco, precisamente. Me dijo que es de Galilea.

—Los galileos otra vez no, por los dioses.

—Si no hubiera pensado en ti ya antes de escuchar sus palabras, lo hubiera hecho entonces. Sé que andabas ya por estas tierras cuando pasó aquello. Mas yo sólo escuché una versión cuando llegué, un tiempo después. ¿Querías contarme qué sucedió? Temo que lo que yo conozco del tema pueda estar formado sólo por habladurías y exageraciones, y nunca he hablado de ese tema contigo.

---

<sup>3</sup> El diálogo que el prefecto narra aparece en Jn. 18, 36. Las anteriores palabras puestas en boca del sacerdote son de Lc. 23, 2.

—¡Quiera Mnemósine que se me permita olvidarlo! Pero supongo que hoy me veo obligado a recordar el pasado — dijo Marco, tras un ligero suspiro—. De aquello hace ya casi cinco lustros. Lo recuerdo porque yo me acababa de unir a la legión, y había llegado a Judea como refuerzo para la Duodécima. No llevábamos ni tres meses acuartelados cuando llegaron a Raphana las noticias de que unos rebeldes habían asaltado varias poblaciones. En aquel entonces no teníamos ni idea de los motivos de unos ni de otros, aunque luego pude saber que el inicio de todo estaba en el censo que Quirinio, el legado de Siria, había decretado. Judea había pasado poco antes a ser controlada por Roma sin intermediarios, al haber muerto Herodes Arquelao, y por tanto entraba en esa proclama. Los judíos se mostraron contrarios al censo desde el principio, ya que sólo pensaban en la subida de impuestos que aquello suponía y alegaban que se los contaba como si fueran mero ganado. Se alzó un líder de entre ellos, a quien llamaban Judá el Galileo, o el Ungido, y les urgió a no acudir al censo ni pagar los impuestos. Con la ayuda de los hombres de un tal Sadoq, un sacerdote fariseo, mataron o expulsaron a los romanos de varias aldeas. Quirinio acudió con retales de cuatro legiones diferentes, sofocó la rebelión, y llenó las cunetas de cruces y cuerpos a ellas colgados. Contado así, en frío, puede que suene a poca cosa, como si eso fuese el día a día en las legiones de Roma. Mas no sentiré vergüenza al confesarte que todavía algunas noches, antes de conciliar el sueño, algunas escenas de las matanzas se pasean frente mis ojos cerrados. Porque eran matanzas, te lo aseguro; tanto las que hicieron los judíos sobre los romanos como las que luego protagonizamos nosotros. Todo lo que recuerdo de aquel primer año es la sangre, el polvo y el reflejo del sol sobre el mortífero metal.

–Perdona entonces por haber hecho que lo rememoraras. Vuelvo a nuestro prisionero, ¿de acuerdo? Como te decía, me interesa saber todo lo que puedas de él, pero sobre todo si es peligroso para nosotros de verdad, o es sólo que los del Templo quieren quitárselo de encima para bien suyo. Y por supuesto, nada de jaleos: pocos soldados para ayudarte, o ninguno cuando sea posible; que no es buen momento para ir metiendo problemas con los judíos.

–Eso ya lo suponía.

–Bien. Por ahora he conseguido algo de tiempo: al saber que procede de Galilea, y ya que está en la ciudad Herodes Antipas, quien, como ya sabes, gobierna sobre Perea y Galilea, voy a mandárselo a él cuando el día avance.

–Tal vez él podrá decirme algo.

–¿Ese pusilánime? Me extrañaría mucho. Por cierto, otro detalle que me dijo el sacerdote es que, para dar con el prisionero, se sirvieron de un informador. Tal vez podrías hablar con él. Se llama Judá de... algún sitio. Tranquilo, lo apunté; recuérdamelo cuando volvamos abajo.

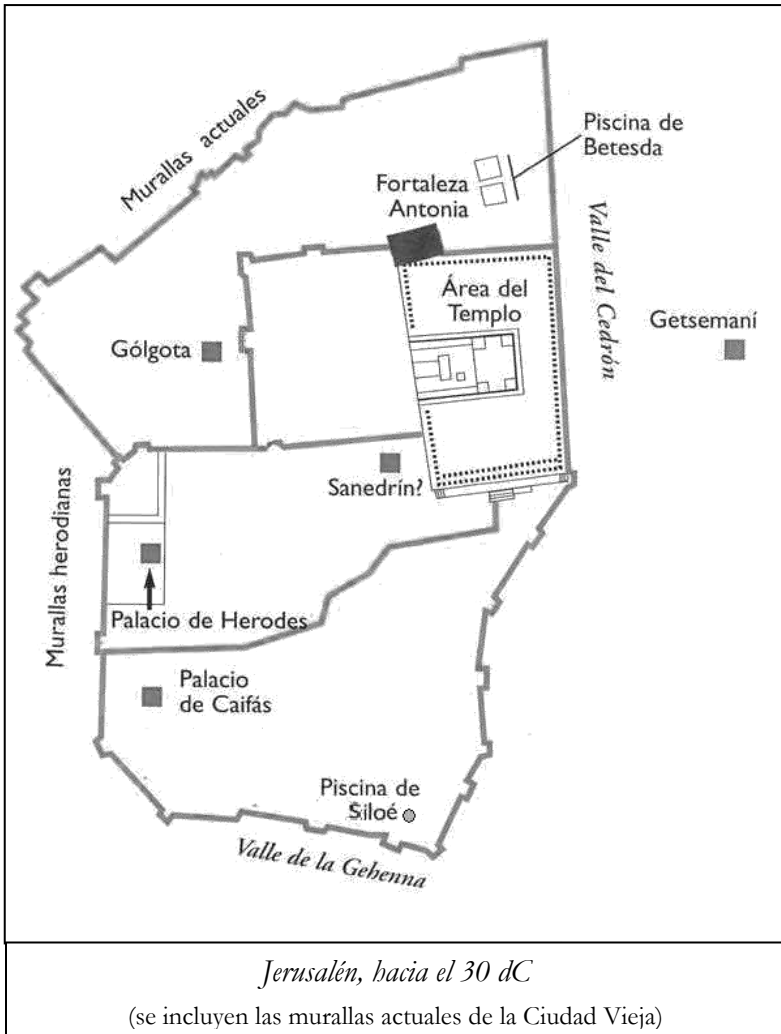
–¿Otro Judá?

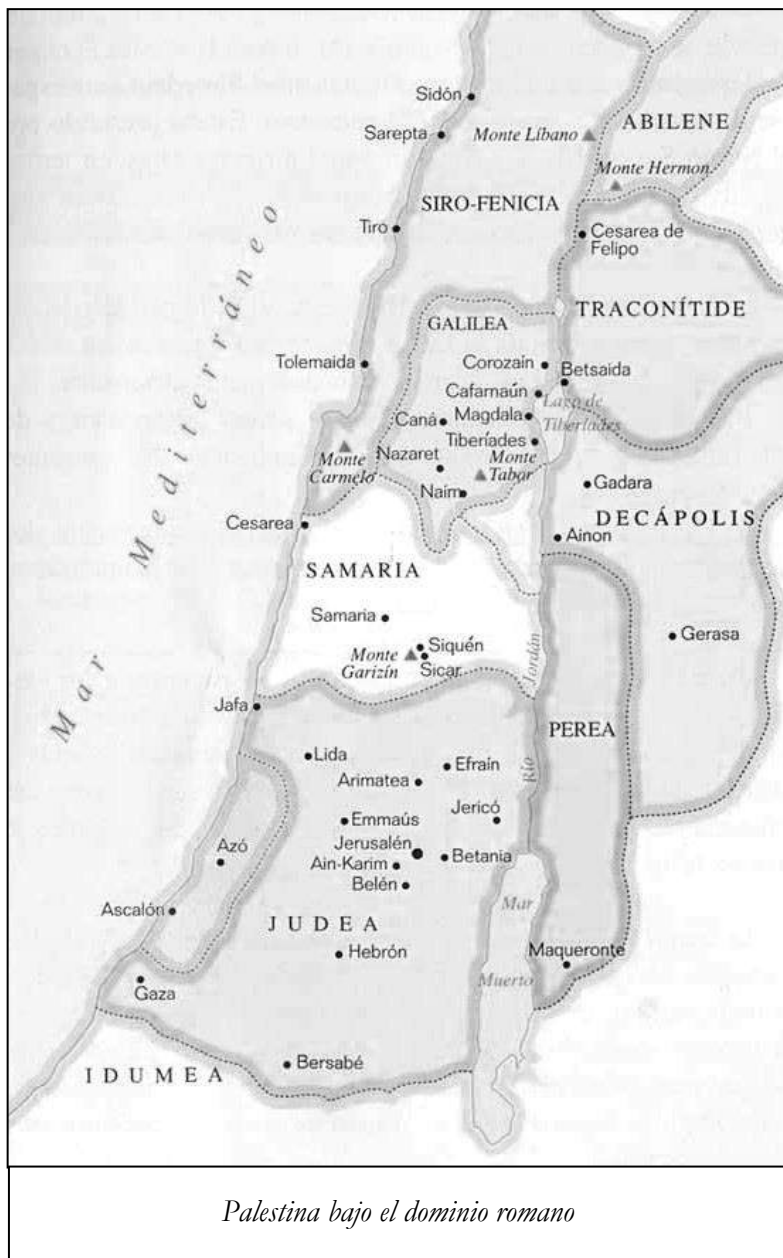
–Sí, ya sabes que es un nombre bastante común.

–Y ya que hablamos de nombres, ¿cuál es el del prisionero?

–¡Ah, sí! Se llama Ieshú; Ieshú ben Yosef, de Natzeret.

## MAPAS





## SOBRE EL AUTOR

Nacido en 1981, Francisco Salvador se licenció en Filología Hispánica por la UNED. Siempre ha vivido en tierras valencianas.

Su pasión por la lectura le ha llevado a reunir una nada desdeñable biblioteca, que es el germen de su faceta como autor.

El gusto por lo clásico y lo medieval le condujo a profundizar en el género histórico, aunque no ha dejado de dar pasos por la senda de la fantasía heroica. Tras la publicación de *Evangelio según Longinus*, comenzó a preparar una antología de relatos ambientados en el mundo de Lüreon.

Puede encontrárselo en diversas redes sociales, tal y como se ve en la página de contacto de su blog:



([posadadelnarrador.blogspot.com.es/p/sobre-mi.html](http://posadadelnarrador.blogspot.com.es/p/sobre-mi.html))